



Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.12, Núm. 2, pp. 644-671 - ISSN 2027-5528

Emergencias críticas: prácticas disidentes y resistentes en la arquitectura

Critical emergencies: Dissident and resistant practices in architecture

Enver Duván Vargas Murcia

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

orcid.org/0000-0001-5164-2917



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Emergencias críticas: prácticas disidentes y resistentes en la arquitectura

Enver Duván Vargas Murcia: Administrador Público - Escuela Superior de Administración Pública – ESAP. Especialista en Análisis de Políticas Públicas - Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria y doctorando Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Investigador Escuela Superior de Administración Pública – ESAP. Correo electrónico: enverduvan@gmail.com ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0001-5164-2917>

Resumen

Se presenta un análisis simultáneamente político, subjetivo y espacial centrado en el estudio de técnicas de producción y construcción de unidades habitacionales. El objetivo del mismo es describir el marco crítico erigido en el campo de la construcción a partir del análisis de las prácticas de arquitectura disidentes y su contraposición a los modos de captura espacial como las prácticas modernas industriales y arquitectónicas. Por tanto, se afirma la tesis: *La arquitectura disidente y resistente se ha situado en franca oposición a los efectos de captura espacial, originada en la arquitectura oficial y de Estado, mediante la puesta en marcha de un marco crítico consistente en debates teóricos, formas productivas propias y organizativas novedosas.* Con esta finalidad, se realiza un estudio documental centrado en el análisis del sujeto y las prácticas productivo/constructivas, discursivas, de poder y éticas que lo constituyen y, eventualmente podrían liberarlo, exploración coherente con la arqueología y la genealogía foucaultiana. Finalmente se concluye que, las tradiciones arquitectónicas populares han sabido resistir al proyecto modernizador, en definitiva, la arquitectura resistente/disidente, se propone como una invención teórica/política por medio de la cual agrupamos un conjunto de emergencias y acontecimientos pragmáticos, productivos, éticos y discursivos para analizar la lucha resistente.

Palabras clave: arquitecturas disidentes; resistencias sociales; subjetividades; genealogía; arqueología.

Critical emergencies: Dissident and resistant practices in architecture

Abstract

A simultaneously political, subjective and spatial analysis is presented, focused on the study of techniques for the production and construction of housing units. Its objective is to describe the critical framework raised in the field of construction, from the dissident practice of architecture analysis and its opposed *to space capture modes such as industrial and modern practices of academic/official architecture*. Therefore, the thesis is affirmed: *The dissident and resistant architecture has been placed in frank opposition to the effects of spatial capture, originated in the official and State architecture, through the implementation of a critical framework* consisting of theoretical debates, own productive and organizational new ways. For this purpose, a documentary study is carried out focused on the analysis of the subject and the productive / constructive, discursive, power and ethical practices that constitute it and, eventually, could release it, an exploration consistent with archeology and Foucauldian genealogy. Finally, it is concluded that popular architectural traditions have managed to resist the modernizing project, in short, resistant / dissident architecture, is proposed as a theoretical / political invention by means of grouping a set of emergencies and pragmatic, productive, ethical and discursive to analyze the resistant struggle.

Keywords: Dissident architectures; social resistances; subjectivities; genealogy; archeology.

Fecha de recepción: 14 de septiembre de 2021

Fecha de aprobación: 08 de octubre de 2021

Introducción

El artículo que se presenta a continuación es resultado del proceso investigativo del autor en el Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en la línea de Subjetividades, Diferencias y Narrativas. El autor propone inicialmente el análisis contemporáneo de una política espacio/subjetiva que sería inteligible por medio de la proposición de dos fuerzas contrapuestas. Primero, una política resistente que tiene como marco fundamental la creación y composición auto gestionada de los espacios a partir de prácticas estético/políticas. Por otro lado, se cohesiona una política multiforme que tiene como propósito fundamental la captura de las capacidades, las facultades constructivas y de gestión espacial de los diversos sujetos sociales.

En el marco de un análisis simultáneamente político, subjetivo y espacial, se presenta este estudio acerca de las distintas técnicas de producción y construcción de espacios concretos (viviendas). En el mismo se sostiene la siguiente tesis: *La arquitectura disidente y resistente se ha situado en franca oposición a los efectos de captura espacial, originada en la arquitectura oficial y de Estado, mediante la puesta en marcha de un marco crítico consistente en debates teóricos, formas productivas propias y organizativas novedosas.*

Ahora bien, la propuesta se conecta con una metodología que pone el acento en el sujeto como norte analítico mediante un estudio sistemático de las prácticas que lo constituyen y, eventualmente, podrían liberarlo (prácticas discursivas, de poder y éticas). Evidentemente, el estudio del sujeto, y las prácticas que lo constituyen, presenta la notable posibilidad de delimitar formas viables de composición-otra o liberación de los sujetos. Es en este sentido que se alinea la investigación en torno a la crítica de la constitución de los sujetos, enfatizando, en el elemento liberador y disruptivo de la crítica en clara conexión con la arqueología y la genealogía foucaultianas, aspecto en el que se ahondará en la siguiente sección.

Atendiendo pues a la heterogeneidad de las prácticas que pueden ser estudiadas en relación con la constitución de los sujetos (productivas, discursivas, gubernamentales, disciplinarias, éticas y del yo), se ha propuesto elaborar herramientas conceptuales con las cuales cualificar el análisis de prácticas como las constructivas que, en sí mismas, suponen

una confluencia de tipologías variadas, por cuanto agrupan tecnologías de producción, discursivas y éticas.

Al respecto, cabe destacar que, críticas como la foucaultiana (Foucault, 2008) reconocen la producción como un tipo de práctica y tecnología válida para el estudio de las subjetividades. Sin embargo, este tipo de estudios ha dejado de estudiar las prácticas productivas, enfatizando aspectos como la discursividad y las prácticas del yo. Al respecto, es necesario enfatizar que tal abandono conceptual y metodológico es indeseable, puesto que el problema de la producción material lejos de ser antinómico con el problema general de la constitución de los sujetos y su posible liberación, sigue siendo un tema irrenunciable para la comprensión de ambos procesos. De tal suerte, que es imprescindible alinearse a la idea deleuzo/foucaultiana según la cual, la teoría debe servir a distintas luchas y a las problematizaciones contemporáneas. Es decir, se asume la teoría como “*caja de herramientas*” en la cual las prácticas productivas constituyen una herramienta más para la reflexión general sobre los procesos de subjetivación. Por tanto, se propone establecer una aproximación hacia herramientas analíticas que permitan estudiar concienzudamente las prácticas productivas como un complemento de las prácticas discursivas del poder y del yo. Como es sabido, las tecnologías o prácticas productivas fueron descritas por Michel Foucault como aquellas “que nos permiten producir, transformar o manipular cosas” (2008, p.48). Así mismo, es bien sabido que Foucault se concentró en otros tipos de tecnologías o prácticas de subjetivación, y lo hizo reconociendo que las prácticas productivas y su impacto en la subjetivación han sido analizadas con suficiencia en el trabajo analítico/subjetivo de Marx. “Es evidente, por ejemplo, la relación entre la manipulación de las cosas y la dominación en *El Capital*, de Karl Marx, donde cada técnica de producción requiere la modificación de la conducta individual, no solo de las habilidades sino también de las actitudes” (2008, p.49).

No es este un recurso retórico, un artificio simplista, con la vaga intención de convertir a Foucault en un marxista más. En cambio, sí se considera potente para el análisis de las prácticas constructivas y sus efectos en los espacios, tender un puente necesario entre el análisis subjetivo foucaultiano con aspectos propios de la obra marxista por cuanto podrían dotar al estudio de elementos útiles para la comprensión de las técnicas productivas y su impacto en la subjetivación y la desujeción en relación con dimensiones también relevantes

como el saber, la ética y el poder. Dicha confluencia se debe realizar con la clara finalidad de cualificar la crítica contemporánea, en alianza con distintas luchas en los ámbitos del saber, el poder, la ética y la producción contemporáneas.

En tal medida, el objetivo del presente artículo es describir el marco crítico erigido en el campo de la construcción a partir del análisis de las prácticas de arquitectura disidentes y su contraposición a los modos de captura espacial como son las prácticas industriales y modernas de la arquitectura académica/oficial.

Para cumplir con este cometido, se presenta un texto organizado en cinco partes. En la primera se da cuenta del uso metodológico de la arqueología y la genealogía como modalidades de interrogación relacionadas con el sujeto, en clave de diagnosticar los procesos de sujeción y encontrar formas viables de desujeción subjetivas. Para el caso particular de los campos arquitectónico y constructivo, se presenta la descripción del uso analítico de la noción “arquitectura resistente” y “vernácula” como recurso analítico con el cual se pretende establecer una estrategia de inteligibilidad de un campo diverso en el cual encontrar ejercicios concretos de desujeción. En la segunda parte se esboza la política compleja de los espacios, describiendo los dos campos o polos de lucha, es decir, los procesos de captura de las facultades constructivas y los procesos de lucha que se erigen en evidente contraposición como parte de una política resistente. En la segunda parte, se ahonda en la composición de la política hegemónica y de captura espacial, específicamente analizada en el marco de la construcción y la arquitectura modernas. La tercera parte trae a colación la noción de trabajo vivo como una herramienta conceptual mediante la cual analizar los procesos de producción y su relación con la subjetivación. Así mismo, se enfatiza la potencia estética y creativa de los trabajos constructivos y resistentes en la arquitectura preindustrial, como componente simétrico de la noción de trabajo vivo marxista. Finalmente, en la cuarta parte, se describe la “arquitectura resistente o disidente”, que es una propuesta analítica, es decir, una invención teórico-política por medio de la cual agrupamos un conjunto de emergencias y acontecimientos pragmáticos y discursivos que pueden ser inteligibles a partir de la lucha resistente que confronta a la política espacial hegemónica.

Metodología

El estudio asumió una metodología simultáneamente genealógica y arqueológica, de clara inspiración foucaultiana, consistente con la preocupación de analizar los efectos de la construcción industrial contemporánea sobre diversos sujetos sociales. Como es conocido, Foucault (1999), reflexionando sobre su propia obra, destaca el estudio del sujeto como su preocupación central: “Michel Foucault ha emprendido actualmente, y siempre en el seno del mismo proyecto general, el estudio de la constitución del sujeto como objeto para sí mismo: [...] Se trata, en suma, de la historia de la «subjetividad»” (p.365).

Por tanto, la pregunta central de la obra foucaultiana podría enunciarse en los siguientes términos: *¿Cómo, y a través de qué procedimientos históricos, hemos sido constituidos como lo que somos en la actualidad?* A este tipo de problematizaciones, propuestas por el mismo Foucault, se las conoce como *Ontología crítica del presente*, propuesta teórica y metodológica que implica una pregunta crítica sobre la configuración histórica de los sujetos y el posible franqueamiento de sus límites. Adicionalmente, y a modo de síntesis, podríamos esquematizar la metodología foucaultiana como el cruce o la contrastación de tres vértices, que constituyen a su vez, tres problemas centrales en la obra del francés: el saber, el poder y el sujeto.

En primera medida, el relacionamiento de los vértices del saber y el poder o del saber y el sujeto atienden a lo que en la obra foucaultiana ha sido descrito como arqueología. De manera sencilla podríamos describirla como la interrogación crítica por los distintos modos de sujeción, por lo que aquí el factor analítico tiende a enfocarse en los procesos a través de los cuales los saberes (discursos y juegos de verdad) o las tecnologías de poder tienden a sujetar o producir individuos, grupos o poblaciones. En tal medida, Foucault planteó preguntas, relacionando el saber y el sujeto, del tipo: *¿cómo, a través de qué juegos de verdad, el sujeto se ha convertido en objeto de estudio para sí mismo?, ¿cómo el sujeto ha pasado a reconocerse, en juegos de verdad, como objeto de saber?, ¿cómo, determinados procedimientos de poder, dividen a los sujetos? O ¿cómo hemos sido concebidos como objeto de intervención en juegos de poder concretos?* En suma, este tipo de preguntas saber/poder o saber/sujeto corresponderían a interrogantes del orden arqueológico.

Lo genealógico, por su parte, constituye un tipo de contrastación que acentúa el análisis en el sujeto. En otras palabras, lo genealógico constituye la capacidad metodológica de interrogarse por los distintos modos de *desujeción*. El foco analítico determina modos de interrogación y formas de estudio en las que el elemento crítico se resalta, por lo tanto, preguntas del orden, *¿cómo no ser gobernado de tal o cual forma de gobierno?, ¿cómo podrían ser practicadas la filosofía y la crítica como modos de desujeción? o ¿cómo usar el pensamiento para encontrar modos distintos de constitución del ser y del vivir?* Las cuales corresponderían a preguntas del orden genealógico.

En tal medida, la arqueología y la genealogía se componen mutuamente como una apuesta metodológica con la cual explorar complejos procesos históricos y, consecuentemente, analizar los efectos de tales procesos en diversidades empíricas de sujetos. El objetivo de ambos tipos de interrogación, sería el de establecer una forma de problematización del presente, describir los modos de sujeción y encontrar formas concretas de desujeción.

Por otra parte, la metodología foucaultiana consiste en adentrarse en los archivos, es decir, es esencialmente documentalista, por cuanto analiza las regularidades del acervo documental, acudiendo a documentos oficiales: legales o provenientes de las oficinas públicas; académicos: libros, artículos de revistas, manifiestos artísticos, estéticos y manuales profesionales; con la finalidad de desentrañar, en la investigación histórica, los juegos de verdad y de poder condensados en procesos sociales de larga duración. En resumen, la exploración documental se articula a la necesidad de describir, con el auxilio del archivo, las prácticas discursivas (prácticas de saber) y las formas de gobierno (prácticas de poder), con las cuales diagnosticar el presente.

En consecuencia, como se verá en las siguientes secciones, la propuesta presentada destaca al sujeto como núcleo analítico. De tal manera que, siendo consistente con un estudio de inspiración foucaultiana, se analizan en el archivo las distintas prácticas que constituyen los modos contemporáneos de construcción de unidades habitacionales; también se describen los efectos de la constitución del moderno campo disciplinar de la arquitectura (relación saber/poder) y se permite analizar los efectos de este campo en sujetos sociales que han sido desposeídos de la capacidad de construcción de sus espacios habitacionales. Adicionalmente,

se analizan distintos documentos que harían posible desentrañar un marco político resistente, fundamentado en prácticas constructivas vernáculas y contemporáneas.

Por su parte, el análisis de las prácticas resistentes en la arquitectura implicó un desafío teórico, conceptual y metodológico, puesto que este tipo de saberes sometidos se perpetúa de manera silente en prácticas ancestrales y, apenas en las últimas décadas se ha suscitado una clara confrontación mediante disciplinas emergentes como las bioconstructivas, contra la ortodoxia profesional. El desafío fue asumido mediante la incorporación de un nuevo tipo de prácticas, al análisis foucaultiano/convencional (de las prácticas discursivas o de verdad, las prácticas del poder o gobierno y las prácticas del yo), ahora se suman las prácticas productivas. Esta adición permite conectar la producción vernácula y resistente a los tres ejes del vértice esbozados previamente. Por lo tanto, la producción vernácula, analizada a la luz del concepto del trabajo vivo, permite conectar al triángulo saber/poder/sujeto, con un nuevo vértice que consiste en la producción o el trabajo como un nuevo conjunto de prácticas mediante las cuales los sujetos son producidos, sujetados o desujetados,

Sumado a lo anterior, merece la pena aclarar que, en la construcción del archivo para su estudio, se han tomado documentos jurídicos: leyes, decretos, sentencias; y documentos académicos: artículos de revistas, trabajos de grado en niveles profesionales y posgraduales. Por ende, en el marco del artículo presentado se traen a colación apenas unos ejemplos del acervo documental, atendiendo a la naturaleza del documento presentado y del criterio de economía y síntesis de texto.

Específicamente, atendiendo a la naturaleza de la exploración abordada, la metodología arqueológica/genealógica operó a través de la siguiente tesis: *En las diversas espacialidades sociales y colectivas opera una pugna política compleja entre dos tipos de composición espacial que tienen incidencia sobre la configuración de los sujetos*. El modelo de lucha propuesto, se erige como una invención teórica y conceptual por medio de la cual armonizar la matriz analítica arqueología/genealogía con la problematización espacial propuesta.

De manera sintética, el modelo se compone de dos polos en contraposición permanente. En el primero se alude a una tendencia de fuerzas cuya finalidad es la consolidación de una política hegemónica o de control espacial cuyo efecto destacable es la pérdida de incidencia de los sujetos sobre sus medios espaciales de vida; en el segundo polo, opera una pragmática

o contra-política, constituida por prácticas múltiples dirigidas hacia un mayor acceso a las capacidades constructivas de parte de los sujetos a manera de resistencia contra los procesos hegemónicos y de captura.

El primer polo, con clara tendencia a la sujeción y la consolidación de fuerzas hegemónicas, atiende al criterio de análisis arqueológico; el segundo polo, con un énfasis en los procesos de autogestión y creatividad, cuyos efectos contribuyen a plantear posibles ejercicios de desujeción, se alinea con la exploración de orden genealógico. De tal suerte que, se propone una indagación coherente con los principios propuestos a través de la invención teórico/conceptual del modelo expuesto, especialmente atendiendo al énfasis otorgado al sujeto como clave de análisis y a la desujeción como problema axial. En suma, en el trabajo realizado ha sido posible afirmar que la arquitectura disidente y resistente, clara expresión del segundo polo analítico, se ha situado en franca oposición a los efectos de captura espacial, originada en la arquitectura oficial y de Estado, mediante la puesta en marcha de un marco crítico consistente en debates teóricos, formas productivas propias y organizativas novedosas.

Hacia una política de los espacios: captura y resistencia en las facultades constructivas

La crítica contemporánea tiene un trabajo pendiente que consiste en la elaboración de la historia, de cómo nuestra forma de vida se ha visto afectada por la pérdida del control sobre los medios más cercanos de vida y, muy especialmente, sobre nuestras espacialidades. Tal es la historia de cómo los objetos, los espacios y nuestra relación con ellos definen de modo complejo la manera como vivimos y como nos constituimos como “seres humanos”, a tal punto, que los modos más modernos de subjetivación pueden definir la humanidad, la supra humanidad o la inhumanidad de personas, individuos y grupos; con ocasión de la pertenencia y acceso a determinados objetos, usualmente, mercancías o bienes de consumo, resultado de intensos procesos productivos.

De acuerdo a lo anterior, vale la pena concentrarse en un estudio detallado sobre la construcción de viviendas, pero también de otros tipos arquitectónicos de unidades habitacionales, que son medios materiales imprescindibles para el desenvolvimiento de las condiciones que hacen posible la vida humana y colectiva. Tales estudios componen, lo que

en el desarrollo del trabajo doctoral del autor se ha insinuado como un *análisis político de las condiciones de constitución subjetivo/espaciales* en los ejes analíticos *política/espacio/crítica* y *sujeto/espacio/vida*. Por lo tanto, el estudio de las prácticas constructivas queda inscrito en el marco de un análisis de la política de los espacios y los sujetos.

La apuesta fuerte de la proposición investigativa gravita alrededor de la siguiente afirmación: *en las diversas espacialidades sociales y colectivas opera una pugna política compleja entre dos tipos de composición espacial que tienen incidencia sobre la configuración de los sujetos*. En un polo de la conceptualización se alude a una tendencia de fuerzas orientadas hacia la consolidación de una política hegemónica o de *control espacial* que tiene como efecto principal la pérdida de incidencia de los sujetos sobre sus medios espaciales de vida; en el segundo polo, opera una pragmática o *contra-política*, constituida por prácticas múltiples dirigidas hacia un mayor acceso a las capacidades constructivas de parte de los sujetos a manera de *resistencia* contra los procesos hegemónicos y de captura.

Una vez aclarado este modelo analítico, se destaca el papel activo del segundo polo. En tal sentido se afirma que: *La arquitectura disidente y resistente se ha situado en franca oposición a los efectos de captura espacial, originada en la arquitectura oficial y de Estado, mediante la puesta en marcha de un marco crítico consistente en debates teóricos, formas productivas propias y organizativas novedosas*. A continuación, se exponen un conjunto de argumentos que permiten sostener la tesis enunciada.

Inicialmente, se hace necesario explicitar el énfasis puesto en este trabajo al sentido activo y positivo de la resistencia (Negri y Hardt, 2006, p.91), por cuanto se la concibe como un factor primigenio y productivo, puesto que es siempre la fuente de creación y producción, por lo que antecede a cualquier ejercicio de control. Es decir, que se toma distancia de las conceptualizaciones convencionales en las que la resistencia queda descrita como un factor puramente reactivo. En cambio, el poder de la resistencia reside en la capacidad de creación y de trabajo que se convierte en objeto de captura por parte de los poderes económicos y políticos. La resistencia, en estos términos, es creatividad y exceso, puesto que para Negri y Hardt (2006), no siempre es posible capturar toda la potencia que reside en la resistencia. En estos términos, se propone analizar el contexto en el cual emerge la disputa política de la

construcción espacial, la configuración de un campo restrictivo de la vivienda y la capacidad constructiva de distintos sujetos que configuran todo un proceso colectivo y complejo resistente. Se atiende así a las preguntas, ¿en qué contexto se erige la disputa político-espacial entre los polos hegemónico y resistente, en el campo concreto de la construcción de unidades habitacionales? O, de otro modo ¿cómo se inscriben ambas políticas o polos en el ámbito particular de la construcción y la arquitectura? En la siguiente sección se esboza una descripción del contexto general en el que se gestó esta lucha política particular y sus implicaciones en el campo constructivo-arquitectónico. También se describe la emergencia y composición de una política resistente y disidente en nuestro tiempo que atiende estratégicamente a confrontar los efectos de la política hegemónica y de captura.

Contexto de la emergencia de los ámbitos o polos de lucha política espacial y constructiva

En el contexto colombiano, y también latinoamericano, previo al siglo XX, los distintos sujetos sociales resolvían sus necesidades habitacionales por medio de técnicas tradicionales, con recursos naturales y materiales locales de fácil acceso. Como recuerda Rivera Bolaños: “Hasta comienzos del siglo XX los desarrollos habitacionales en Colombia, se realizaron con materiales locales y con técnicas artesanales” (2007, p.354). Consecuentemente, a finales del siglo XIX e inicios del XX, los distintos pueblos (originarios, campesinos, obreros) y sus familias, contaban con técnicas consistentes con modos de vida más o menos auto gestionados. Las técnicas arquitectónicas y constructivas principalmente usadas por estos sujetos hacían gala de prácticas recogidas de la tradición indígena y europea con sus adaptaciones históricas al contexto local en el que se encontraban; técnicas dentro de las que se contaba con recursos y materiales naturales como la tierra, con ejemplos privilegiados como la construcción en paja, fibras vegetales y tierra y la construcción en bahareque que fueron adoptadas por los obreros, campesinos, indígenas y demás poblaciones con bajo poder adquisitivo. En esta historia destacó el bahareque que, de herencia indígena precolombina y, por medio de distintos sincretismos, fue adoptado por obreros y campesinos para dar solución a sus necesidades habitacionales. Por otro lado, la tapia pisada, el adobe, la mampostería en ladrillo y piedra en mortero de cal, por su alto valor y su comercialización fueron adoptadas

por clases con mayor poder adquisitivo, pero en este contexto y sin distingo de clases, aún predominaba el uso intensivo de materiales de disposición local.

Si bien es cierto que en el periodo mencionado el factor “poder adquisitivo” fue determinante para el acceso de las personas y las poblaciones a distintas soluciones habitacionales, a diversos segmentos de mercado arquitectónicos y a numerosos materiales, no es menos cierto que, el rasgo característico de este periodo es la capacidad heterogénea de encontrar distintos mecanismos, prácticas-técnicas y materiales que no necesariamente se veían constreñidos a un único segmento de mercado, como sí ocurrió con el advenimiento de la modernización arquitectónica, en el marco estrecho de los mercados industrializados.

Indudablemente, el complejo proceso de industrialización en el siglo XX y la consecuente mercantilización de los modernos mercados capitalistas impuesta sobre los materiales de construcción, constituyeron los factores determinantes en la transformación de las formas constructivo-arquitectónicas, de las cuales tuvieron que disponer los sujetos sociales para atender a sus crecientes demandas edificatorias. No de otra manera podría explicarse el tránsito sufrido en pocas décadas: “Entre 1920 y 1940 Colombia deja de ser una nación rural [...] iniciando así el camino hacia la deseada modernidad que trajo consigo nuevos paradigmas de progreso entre los que se encontraban el cemento y el acero” (Rivero, 2007, p.354).

Este nuevo “*paradigma constructivo*” –tomando prestado el término de Rivero Bolaños– engloba diversos factores entre los que contamos, (I) un amplio proceso de industrialización y comercialización de materiales modernos; (II) la formación de una academia profesional comprometida con la industrialización de la construcción y la arquitectura; (III) la imposición de factores culturales y económicos con los cuales se consolida el abandono de técnicas tradicionales y se afianza la práctica arquitectónica moderna; y, finalmente, (IV) la imposición de un modelo político de vivienda que sería reforzado por políticas públicas y políticas sociales financiadas por el Estado en las que se consagró el uso de materiales industriales y la construcción y arquitectura industriales.

Estos rasgos del paradigma descrito sirven para delinear la política hegemónica espacial en el campo de la construcción, y sus efectos, en términos de captura de las funciones y capacidades constructivas especialmente porque, este cambio paradigmático supuso un

ejercicio de imposición de las técnicas y los materiales constructivos modernos, a tal punto que, hoy en día sería impensable la construcción sin el uso de los materiales convencionales-industriales: “Los materiales convencionales principales son el hormigón, el vidrio, el acero y el ladrillo” (Catalán, 2018, p.7). Los materiales mencionados, involucran procesos intensivos en capital, en mano de obra y en tecnología, lo que en su momento potenció el modelo de la vivienda moderna como un bien posicional que distinguía a las clases sociales y su capacidad adquisitiva frente a las poblaciones que habitaban la vivienda tradicional, rural o vernácula.

Por supuesto, en sus inicios la industrialización fue mejor acogida por segmentos de población con la suficiente capacidad de absorción de estas nuevas mercancías arquitectónicas y con la capacidad de contratar el personal capacitado para los nuevos modelos constructivos. Pero esta segmentación poblacional se superó históricamente con la masificación de los procesos industriales de la vivienda que, a la postre, abarataron los costos, y permitieron a las clases populares acceder limitadamente a estos procesos constructivos modernos y sus materiales. Este *proceso de seducción* implicaría a la postre una estigmatización de los materiales vernáculo-populares como una señal de pobreza. Incluso, en experiencias recientes para el contexto colombiano (viviendas rurales en los Andes colombianos) aún persiste este *proceso de estigmatización de la arquitectura popular-vernácula* y sus materiales constructivos, tal como lo atestigua Pulgarín Osorio: “Es conocido por parte de los habitantes de la región que el material y la técnica con la que se construye la vivienda indica el nivel de poder adquisitivo de su propietario” (2016, p.48).

Por su parte, la institución académica, las facultades de ingeniería, y especialmente de arquitectura, se comprometieron decididamente con la imposición de los nuevos materiales y los modernos procesos productivos. En otras palabras: “Los profesionales en arquitectura e ingeniería desde la década del cuarenta han propuesto alternativas de desarrollo constructivo, apenas coherentes con el sistema de consumo y de desarrollo del que hace parte la academia en la que se formaron” (Rivero, 2007, p.354). Tal compromiso supuso una visión oficialista que terminó privilegiando los procesos productivos modernos e industriales en detrimento de otras formas de construcción. Se emparentó así el mercado moderno de construcción y sus materiales con los compromisos de las élites artístico-ingenieriles, lo que

dio paso a la imposición de un único modelo de construcción: el modelo moderno edificatorio. Este proceso se agrava cuando la arquitectura radicaliza su carácter impositivo, como campo teórico-pragmático, al constituirse en una disciplina elitista y, gracias a sus relaciones políticas, consolida su carácter oficialista sobre inúmeros sujetos sociales quienes quedan desprovistos de capacidades de decisión sobre sus procesos edificatorios.

Un ejemplo destacado del proceso histórico de *oficialización* del saber arquitectónico, y de su ejercicio como saber de Estado, lo encarna Le Corbusier con su famosa frase “La casa es una máquina de habitar” que también metafórica su idea de una ciudad maquínica. Con esta frase, por lo tanto, se materializa un proyecto de arquitectura que implica la concentración del proceso productivo de la construcción en el mercado, en la industria, en la arquitectura oficial y en el Estado. En términos de González:

[...] las principales categorías [...]: cantidad, repetitividad, serialización, tipificación, sirvieron de base a los planteamientos teóricos de inicios del Movimiento Moderno, que pretendiendo encontrar las vías de solución a la vivienda social masiva, buscó la respuesta en la posible industrialización de su construcción, con sus correspondientes consecuencias de estandarización, y por tanto, normalización. La vivienda social para un hombre masa abstracto y desconocido se produciría en fábricas, como cualquier otro objeto industrial [...] (González, 2007, p.55).

Del párrafo citado, podemos extraer las siguientes afirmaciones: primero, la arquitectura en tanto profesión ejerce un efecto político nada desdeñable, puesto que se impone en términos jerárquicos sobre el conjunto de la sociedad concentrando facultades como el diseño, la planificación y construcción de modelos de vivienda y de ciudad; segundo, la profesionalización de la arquitectura, en el siglo XX, va aparejada a un proceso de enquistamiento o alianza con el Estado y las instituciones públicas lo que derivará en ejercicios de poder macro-sociales como el urbanismo; tercero, la arquitectura genera efectos sociales complejos, comprensibles en la medida que su ejercicio establece formas concretas de subjetivación –en el caso específico de la *vivienda como máquina de habitar* formulada por Le Corbusier– imponiendo modos de ser y de vivir ajustados al “*hombre masa*”, pero con efectos sumamente complejos.

Todo el proceso de estatización y oficialización de la arquitectura, adquiere tintes más dramáticos si se asocia a la herramienta analítica propuesta por García Ramírez (2012), es decir, los modelos de relacionamiento arquitecto-comunidad entre los que deben

mencionarse dos, por cuanto han sido los modelos tradicionalmente impuestos en los procesos edificatorios modernos. El primero denominado como modelo *arquitecto-dirigente*, que, según el propio autor, toma características autocráticas pues opera de manera impositiva sobre las sociedades: “donde el arquitecto decide unilateralmente todos los aspectos de la arquitectura” (García, 2012, p.5); y el segundo modelo al que el autor llama, *arquitecto-subalterno*, en el que se ejerce una especie de arquitectura por catálogo, especialmente orientado a segmentos con alto poder adquisitivo. Ciertamente se puede especular que, ambos tipos de relacionamiento se han impuesto sobre la realidad espacial como prácticas concretas en las que la arquitectura, sea por encima o subalternamente, ha ejercido su disciplina desposeyendo a los distintos sujetos de facultades constructivas, de maneras distintas frente a los sujetos sobre quienes se ejerce –en términos de recursos y/o de clase–.

Por otra parte, con ocasión de los procesos de oficialización arquitectónica se ha impuesto un tipo de arquitectura de Estado, propia de las políticas públicas y políticas sociales, orientada hacia las grandes masas obreras, ciudadanas y de escasos recursos económicos, en la que se termina imponiendo un modelo de relacionamiento autocrático, contrario al tipo de relacionamiento constructivo típico de las familias y segmentos poblacionales con mayor capacidad de consumo, en el que se ha consagrado el modelo de relacionamiento arquitectónico por catálogo. Ciertamente, García Ramírez propone un tercer modo de relacionar la comunidad y el arquitecto, pero nos ocuparemos de esta propuesta más adelante.

Atendiendo a los procesos de política pública constructiva y las políticas sociales de vivienda, que constituyeron un aspecto clave en la imposición de los modelos modernizadores de la construcción, se puede afirmar que, son el Estado y sus principales agencias quienes de manera decisiva imponen un modelo totalizante sobre los tipos de intervención constructivo-sociales. El complejo estatal ejerce un influjo que, a la postre, reforzó el proceso de desposesión y concentración de las facultades constructivas de los diversos sujetos. En consecuencia, en la primera mitad del siglo XX, el Estado se comprometió a reducir los déficits de vivienda en las ciudades mediante la provisión directa de las edificaciones, con la fundación de empresas estatales que cumplieran tal función. En suma, la política pública y social de los Estados modernos latinoamericanos, y del Estado

colombiano en particular, se abocaron a la provisión directa de programas de construcción de vivienda y de diseño urbano (En Colombia con los desaparecidos ICT - Instituto de Crédito Territorial y el INURBE - Instituto Nacional de Vivienda de Interés Social y Reforma Urbana).

Adicionalmente, es digno de mención un factor decisivo para el *proceso de estatización de la provisión de vivienda*: el reconocimiento, más o menos exitoso, del *derecho a la vivienda* –y sus vertientes más contemporáneas, derecho a la vivienda digna–, definido por el Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales en un sentido amplio, como un derecho conexo a derechos fundamentales. De manera sucinta, el CESCR proponía ampliar el derecho a la vivienda y no: “[...] en un sentido limitado o restrictivo que lo equipare al simple hecho de tener un tejado por encima de la cabeza [...]. Debe considerarse más bien como el derecho a vivir en seguridad, paz y dignidad [...]” (Golay y Özden, 2007, p.6). Este particular obligaba a los Estados, y sus entidades, a proveer directa o indirectamente, vivienda con unas condiciones mínimas, que incluía materiales y técnicas propiamente industriales. En un sentido similar el Comité proponía que: “el término ‘vivienda’ se interprete en un sentido que tenga en cuenta otras diversas consideraciones, y principalmente que el derecho a la vivienda se debe garantizar a todos, sean cuales fueren sus ingresos o su acceso a recursos económicos” (CESCR, 1991, p.2).

Del conjunto de procesos descritos resultó que las poblaciones campesinas, obreras y las familias de segmentos con mediana o baja capacidad de consumo abandonaron sistemáticamente el uso de técnicas tradicionales y los materiales a su alcance para sus construcciones. Pulgarín Osorio (2016), por ejemplo, relata cómo en los Andes centrales colombianos, las técnicas de construcción y los materiales constructivos tradicionales han sido abandonados por el alto influjo de los programas constructivos estatales. De esta manera, la construcción con tierra fue sustituida por la construcción con ladrillos; las maderas para pórticos, vigas, columnas y ventanas fueron dejadas de lado para darle cabida al concreto, el acero y el metal; y los tejados, tradicionalmente de barro y material vegetal fueron sustituidos por materiales como: zinc, fibrocemento e, incluso, asbesto.

Con esta descripción queda esbozado un diagrama inicial de cómo se ha constituido históricamente la política hegemónica espacial y su impacto en las facultades constructivas

de los sujetos. De hecho, asistimos a la emergencia de un acontecimiento cuyo efecto ha sido la concentración, por múltiples vías, de las capacidades, conocimientos, herramientas, instrumentos y prácticas histórico-estéticas con las cuales los sujetos eran capaces de gestionar sus propias necesidades vivenciales y habitacionales. De ello, se desprenden numerosos problemas sociales, identificados por las entidades públicas en indicadores como el déficit habitacional, el crecimiento de masas semi-segregadas en tugurios y barriadas, o los catastróficos problemas ambientales derivados de la industrialización constructiva.

En todo caso, cuando se demostró que los procesos constructivos dirigidos y orientados por el Estado resultaron insuficientes para brindar soluciones habitacionales a capas masivas de población, estas mismas se vieron maniatadas por las dificultades de acceso a los materiales y a las técnicas de construcción habilitadas por la política hegemónica constructiva. Sin embargo, ¿qué implicaciones genera este proceso de concentración descrito? ¿Cómo se podría analizar este proceso a la luz de los efectos subjetivos que genera? A continuación, se recurre al concepto de trabajo vivo para analizar cómo la industrialización de la construcción supone efectos negativos sobre poblaciones enteras, funcionando como procesos complejos de subjetivación.

Trabajo estético constructivo como potencia: del concepto de trabajo vivo a la arquitectura resistente

Es conocida la descripción detallada que realiza Marx, en *El Capital* y en *Los Grundrisse*, acerca del modo de producción capitalista. También destaca su estudio sobre el tránsito ocurrido en los distintos modos de producción, especialmente, en las formas artesanales, tradicionales y pre-capitalistas, hacia un modo de producción fabril e industrial que constituyó la base histórica y material de la modernización en las sociedades occidentales.

Uno de los aspectos en el que fue especialmente insistente Marx fue en el cambio que sufre el productor con la llegada de la producción fabril. El productor pasó de conocer el proceso general de fabricación de su artesanía o mercancía a ser un productor de elementos parciales en una fabricación más compleja. Se diría con Marx que, el productor pasa de tener un control global del proceso de fabricación, a ser un productor parcial, quien, al perder el

control de los medios de producción, también pierde el conocimiento de la producción y la fabricación. “Con el desarrollo de la gran industria, en el proceso de producción ya no es el trabajador el que controla a las máquinas, sino éstas a aquel; el trabajo muerto controla al trabajo vivo” (Londoño, 2018, p.577).

Por esta razón, el artesano que deviene en obrero ha entrado en un juego complejo de subjetivaciones que –en la lectura marxista– constituye la entrada a un complejo proceso de enajenación. Nociones como *trabajo vivo* componen la propuesta analítica de Marx que constituye, así mismo, un análisis sobre los modos como la subjetivación en el capitalismo toma los matices de un proceso *maquinizador* en el que: se interrumpe el complejo proceso social inherente al trabajo (todo trabajo es asociativo y cooperativo a no ser que se le imponga la disciplina de los capataces), censura la potencia vital del trabajo mismo (el trabajo tiene una potencia creativa inherente a no ser que se lo reduzca al tiempo), y disocia todo proceso metabólico del ser humano con sus congéneres y con la naturaleza. En tal sentido, el proceso productivo implica una materialización del modo de vida capitalista con el cual se intenta constituir a los seres humanos (fabricar como si de otra industria estuviéramos hablando) de un modo concreto y se intenta dirigir sus modos de relacionamiento:

[...] en la circulación, como fue mencionado anteriormente, son las mercancías las que permiten la socialización entre los productores individuales; las personas se relacionan a través de las cosas (mercancías). De esta manera, el hecho de que las relaciones sociales se presenten como relaciones entre cosas, y por ellas dominadas, no es simplemente cuestión de apariencia, sino que es la forma en que se desarrolla el capital; *las relaciones sociales aparecen como lo que son.* (Londoño, 2018, p.577).

Ciertamente, el trabajo de Marx sigue siendo útil al describir la manera como un conjunto complejo de factores (productivos, jurídicos, asociativos, materiales, maquínicos) se conjugan para la conformación de modos concretos de subjetivación en el capitalismo decimonónico y que en buena medida se extendieron en el tiempo. Aunque distintas perspectivas han criticado los estudios marxistas por ser reduccionistas (su economicismo latente), por llevar a cabo generalizaciones exageradas (de ahí la crítica que muchos postmodernos realizan al universalismo dialéctico todavía hegeliano en Marx), ello no ha desestimado completamente la teoría de la subjetivación latente en la obra marxista. Contrariamente a lo que se podría pensar, esta conceptualización describe los complejos

procesos sociales en los que el ser humano produce, no solo cosas, sino que también se produce a sí mismo.

De hecho, gran parte de los postulados marxistas, especialmente los relativos al concepto de *trabajo vivo*, han sido recuperados y elevados a nuevo objeto de estudio en los últimos años por diversos autores y diversas corrientes. Vale la pena detenerse en el concepto de trabajo vivo, toda vez que su estudio haría posible describir los factores cercenadores de la vida social moderna y, por qué no, contemporánea; todos ellos ejercidos por las fuerzas capitalistas descritas bajo el mote de *trabajo muerto* en el estudio de la producción industrial:

[...] el trabajo vivo aparece, por lo tanto, como una categoría extraña al discurso de la economía política, pues ésta se fundamenta en esta ontología de muerte donde lo vivo aparece como un fenómeno subsidiario de lo muerto. Desde esta perspectiva el trabajo vivo no puede más que mostrarse como inconmensurable e irreductible al paradigma de la ciencia económica clásica [...]. La creciente matematización de la ciencia económica [...] reduce el ámbito de lo vivo y lo subjetivo a escoria sobrante en el crisol de la producción infinita. El mundo de las cosas y de las relaciones entre cosas proyectado y generado por el capitalismo encuentra su realización definitiva en la reducción, dominación y explotación de la vida a valor económico. Por el contrario, el trabajo vivo es la potencia creadora que se muestra como capacidad ontológica transformadora de la realidad (García, 2018, p.199).

Ahora bien, no deja de ser tentadora la idea de una adecuación punto por punto del proceso de concentración industrial de la vivienda con el concepto de trabajo muerto; sin embargo, no es ese el propósito de este apartado. De hecho, como bien lo acepta González (2007), en el caso particular del proyecto lecorbusiano: “[...] también es cierto que la soñada industrialización de la construcción finalmente no llegó a materializarse en los niveles esperados. [...] En la práctica, más industrialización significó más monotonía” (p.56), lo que nos sugiere que no podemos encasillar todo el proceso productivo modernizador en la concepción del trabajo muerto, ciertamente en el ámbito de la producción de unidades habitacionales modernas, el arquitecto o los equipos de arquitectos disfrutarán en mayor medida de condiciones de creatividad, flexibilidad y colaboración. En contraste, se puede decir que, algunos de los factores descritos del trabajo muerto se extienden a las poblaciones que previamente tenían capacidad de decisión pero que perdieron estas facultades por culpa de su monopolización en las oficinas de planeación pública y en la profesionalización de la arquitectura oficial. Pese a ello, me serviré de la contraposición conceptual en el trabajo vivo

y muerto para esbozar algunas características importantes de la potencia política inherente a las distintas técnicas tradicionales de construcción, lo que permitirá esclarecer algunos aspectos de las prácticas creativo-resistentes en nuestra contemporaneidad.

A continuación, se enumeran las características destacables del concepto de trabajo vivo en clave de encontrarles utilidad para la descripción de la arquitectura y la construcción resistente. El rasgo más destacado del concepto de trabajo vivo es la concepción global del proceso productivo en manos del trabajador, lo cual se traduce en el control de los sujetos sobre sus propias necesidades de producción y sobre los objetos resultantes de dicho proceso. Un segundo factor destacable es la potencia misma que se deriva del trabajo. En una concepción, cercana a la artesanía o al trabajo no industrializado, el trabajo es un proceso creativo que enriquece la vida misma del trabajador. De esta conceptualización emerge una ética muy típica del marxismo que reconoce el factor positivo del trabajo en la vida humana, social e individualmente, y que, por su conducto, puede ser de utilidad para la emergencia política de nuevas formas éticas de composición subjetivo-espaciales.

Finalmente, el trabajo en general otorga la posibilidad de asociación social, pero en el trabajo vivo adquiere mayor nitidez. De hecho, aunque en el proceso productivo industrial se haya intentado cercenar la capacidad asociativa y colaborativa de los trabajadores por medio de la disciplina de los capataces (con el taylorismo como expresión radical del disciplinamiento obrero), Marx sigue encontrando una potencia enorme de organización social gracias al trabajo. Indudablemente, el concepto de trabajo vivo no puede prescindir de esta idea de asociación, que será un elemento relevante para analizar la capacidad de desubjetivación latente y de composición subjetiva en las prácticas constructivas resistentes como se verá adelante.

Con respecto al concepto de trabajo vivo como clave de análisis para la construcción artesanal o vernácula vale aclarar varios temas. En primera medida, que la producción tradicional-vernácula –previa a la industrialización del trabajo– acarrea elementos complejos que, con el uso de materiales como la tierra, las fibras vegetales, la guadua y la madera, aproximaban al constructor a una suerte de artista o artesano y elevaban su práctica al nivel de un ejercicio plástico que se traducía en la elaboración de una obra o artesanía. De ello resulta que, las técnicas constructivas tradicionales, vernáculas y artesanales están

emparentadas, formológica, procedimental y técnicamente con formas concretas de arte popular. El bahareque, por ejemplo, recuerda al mismo tiempo el tejido típico de canastos, sombreros o fique y la construcción en tierra; incluso puede ser comparada con la elaboración de la cerámica o la artesanía de arcilla, por lo que, estudios contemporáneos del arte (arquitectura, *performance* y escultura) destacan el carácter plástico, versátil, de la tierra y la bioconstrucción (Edo, 2014).

En un segundo aspecto, la construcción vernácula se constituyó históricamente en una respuesta concreta a las necesidades propias de las poblaciones y las familias quienes las desarrollaban; de tal suerte, se ampliaban o rehabilitaban en función de las características propias de los grupos en cuestión. Este es un aspecto que destaca frente a la imposibilidad de adecuación que tiene en sí misma la arquitectura de Estado o arquitectura oficialista. Elaborados por expertos en ejercicios de planificación arquitectónica, urbana, económica y política, los proyectos de construcción masiva –en Colombia conocidas como Viviendas de Interés Social o Prioritario– vehiculizan el proyecto lecorbusiano de una ciudad maquínica y de la vivienda como una máquina de habitar, por lo que tales unidades habitacionales tienden a suplir necesidades estandarizadas y han resultado insuficientes para grupos poblacionales que no se ajustan al modelo urbanizador. Prueba de lo anterior es que, en la actualidad, los modelos de vivienda pensados para las necesidades de las familias modernas occidentales – casi calcando el modelo de familia burguesa europea– han chocado con una realidad social en que las comunidades (campesinas, obreras, indígenas, afrodescendientes, entre otras.) no se adecúan necesariamente al modelo de la familia nuclear.

Un tercer criterio a destacar, es el carácter asociativo y organizativo de los procesos de construcción artesanales y/o vernáculos. Sin ánimo de reducir la potencialidad de las diferentes técnicas y prácticas vernáculo-arquitectónicas a una sola práctica organizativa por la compleja razón de que estas dependen de los contextos organizacionales y sociales en los que emergen (razón por la cual se pueden encontrar articuladas a prácticas sociales como el trabajo colaborativo indígena conocido como minga o similares), se acude a la descripción hecha por Pulgarín Osorio al respecto:

Usualmente se contrataban maestros de obra [...] quienes con una manera singular de trabajar detalles que se pueden apreciar en los aparejos o detalles de la cubierta, han dejado su impronta [...] de ahí en adelante son los miembros de la familia interesada la

que participa de diferentes formas y en todo el proceso, ya sea amasando barro, cortando adobes, amarrando madera, transportando agua o materias primas, enluciendo muros o preparando alimentos (2016, p.48).

Es decir, se atiende a todo un proceso organizativo, a un acontecimiento social que asocia, por medio de las prácticas constructivas, a toda una grupalidad social y colectiva. Este hecho marcará los ejercicios más contemporáneos de arquitectura resistente, tal como lo atestiguan Oseguera & Trinidad (2011) quienes, en el caso de la bioconstrucción definen el principio colaborativo como un factor axial del proceso constructivo, esto es:

En este tipo de proyectos es de vital importancia la organización y distribución de trabajo entre los participantes. Se puede implementar un sano y productivo esquema de metodología participativa en el que los costos de mano de obra son fácilmente abatidos y los beneficios de la comunidad pueden ser mayores ya que el tiempo de terminación de la obra igualmente disminuye (p.26).

Está claro que, con todos los rasgos descritos, hay una oposición potencial a las características típicas de la política hegemónica de los espacios que se erige con la arquitectura industrializada y oficial. En el siguiente apartado, se describe, el acontecimiento que compone la resistencia contemporánea configurada en la lucha arquitectónica frente a la política de captura espacial y de las facultades constructivas.

Epílogo: la conformación de la arquitectura disidente y resistente

Se afirma, a manera de conclusión, que la conformación de una política hegemónica de los espacios y sus efectos en el campo de la construcción no han pasado desapercibidos para las distintas luchas políticas y sociales que se despliegan insistentemente. Las tradiciones arquitectónicas populares, aunque diezmadas, han sabido resistir al proyecto modernizador e intentan insistentemente sobrevivir y abrirse paso en nuestro tiempo. Así las cosas, asociadas a la emergencia de nuevos problemas políticos, como el cambio climático y los efectos perversos de la construcción industrializada, las técnicas tradicionales y vernáculo/populares han sumado nuevos bríos en una lucha que se reedita permanentemente contra el mercado arquitectónico oficial.

Por tanto, podemos describir como todo un acontecimiento la emergencia de nuevos ejercicios críticos, provenientes de diversos campos, que han impactado las disciplinas de la arquitectura y la ingeniería, sobre la base de los efectos negativos de la construcción en la

vida planetaria. Así lo relata, Vélez Moreno (2019), para quién: “El sector de la construcción es considerado mundialmente como una de las principales fuentes de contaminación medioambiental [...] pues produce enormes efectos negativos en el medioambiente ya sea directa o indirectamente” (p.88). Ante este hecho polémico-planetario, es decir, la manifestación institucional, social, científica y política de un estado de cosas problemático que amenaza con poner la piedra angular de un apocalipsis terrestre, se demanda de estas ciencias y de sus prácticas profesionales una transformación radical. En otros términos: “Es necesario revisar el ejercicio profesional en el campo de la arquitectura, la ingeniería, el urbanismo y la construcción. Desde el proceso de diseño y la selección de materiales se debe hacer bajo la premisa de la sostenibilidad ambiental y no solamente por motivaciones estéticas y económicas” (Vélez, 2019, p.93).

De tal suerte, al equiparar en la crítica, las motivaciones económicas y estéticas con el impacto y desarrollo de disciplinas como la ingeniería, la arquitectura y el urbanismo, se cuestionan seriamente los efectos mismos de la política hegemónica de los espacios que ha echado a andar la práctica constructiva moderna. Por lo tanto, lo que previamente se describe como una pérdida radical de incidencia colectiva sobre las condiciones materiales de construcción, adquiere nuevos matices a la luz de la pérdida de la vida planetaria de diversos sujetos sometidos a una industria sin control social.

Por supuesto que la arquitectura de viviendas es representativa de tales efectos negativos, pero, al considerar el carácter masivo que adquiere como política de Estado y su conexión con el urbanismo, destaca su carácter catastrófico y motiva a cuestionar su incorporación entre las principales problemáticas políticas y sociales en el presente. Además, la crítica no ha dejado de lado la urbanización y el urbanismo como efectos de la política hegemónica de los espacios. En tal sentido Mike Davis (2007) señala los efectos tanto sociales como políticos de este proceso:

Más o menos desde finales del siglo XIX la mayor parte de la energía que controla la especie humana se ha dedicado a la construcción y al mantenimiento de sus hábitats urbanos. [...] Los geólogos calculan que la energía fósil utilizada actualmente en modificar la superficie de la Tierra para las necesidades de una explosiva población humana de moradores urbanos es el equivalente geomorfológico —al menos a corto plazo— del trabajo de los principales agentes tectónicos del planeta: la difusión del suelo marino y la erosión de las montañas [...]. Más alarmante aún, el metabolismo del

carbono de las áreas urbanas está transformando el clima mundial, quizás en ese proceso esté destruyendo el reciente nicho de clima moderado que ha hecho posible la superurbanización (p.211).

Como respuesta concreta, la crítica de arquitectos y legos, ha consolidado propuestas que serían capaces de superar o mitigar los efectos negativos de la urbanización moderna y contemporánea. La bioconstrucción, por ejemplo, propone marcos pragmáticos de resolución de tales problemas, toda vez que: “ha generado la propuesta de crear e impulsar proyectos de desarrollo sustentable. Al percibir el desequilibrio ecológico” (Oseguera y Trinidad, 2011, p.7) y esto lo ha logrado en la medida que ha sabido consolidar un campo crítico nuevo que suma elementos potentes del pasado, lo que se ha llamado insistentemente en este texto como arquitectura vernácula, resistente o popular. La composición de este ejercicio crítico ha sido posible ya que en este tipo de arquitectura “se ha buscado rescatar técnicas antiguas de construcción de vivienda combinándolas con nuevos aportes que permitan administrar los recursos disminuyendo el alto impacto en el entorno” (Oseguera y Trinidad, 2011, p.7).

Por su parte, ante el análisis de la viabilidad de proyectos bioconstructivos en Colombia (en viviendas de interés social), Zuluaga (2020) afirma que: “[...] este tipo de proyectos favorece exponencialmente el ahorro de materiales que se utilizan para la construcción, permitiendo que, económicamente se presente como viable, frente a otros modelos de infraestructura mucho más costosos y que en la mayoría de los casos presentan una vida útil mucho menor” (p.9). En definitiva, no conforme con sostener una crítica argumentada ante los modelos constructivos y la arquitectura oficial, la práctica bioconstructiva se ha abocado al desarrollo de experimentaciones para demostrar su viabilidad. En estos ejercicios se ha demostrado que: “si se realiza un buen estudio de la zona donde se va a ejecutar el proyecto y los posibles materiales que se pueden encontrar en ella, se tendrá la oportunidad de disminuir los costos, demostrando que este tipo de construcción es segura, rentable y además duradera, ofreciendo a los habitantes, comodidad, confort y garantizando estabilidad en cada una de las viviendas” (Zuluaga, 2020, p.30).

En consecuencia, la bioconstrucción se ha consolidado como una nueva corriente, con pleno derecho, al interior de las disciplinas convencionales e incluso como un contra-saber en el que propios y foráneos de la construcción académica han encontrado un nicho de lucha,

incluso conformando un nuevo ambiente temático en la literatura arquitectónica e ingenieril, tal como lo demuestra Montesinos (2014):

El discurso de la bioconstrucción se manifiesta en las revistas profesionales, de forma parcial o global, con el fin de introducir los nuevos parámetros medioambientales en esta disciplina, los cuales son definidos, explicados y argumentados como ideología común del grupo profesional. Esta introducción confiere al grupo profesional de la construcción y de la arquitectura, por un lado, la autoidentificación del grupo con los valores medioambientales y, por otro lado, la autoimagen, y la posterior imagen hacia el exterior, positiva por ser una disciplina acorde con los pensamientos conservacionistas actuales y por ser parte de las soluciones sostenibles (p.217).

Por otra parte, la composición crítica de la arquitectura disidente y resistente no solo se ha situado en una franca oposición ante la debacle climática, también ha sabido sostener encarnizadas luchas contra la posición políticamente jerárquica de la arquitectura oficial, lo que ha puesto en la mira los efectos de captura espacial descritos insistentemente en este artículo. Una propuesta interesante ante la arquitectura estatal, universitaria, académica e institucional es la denominada *arquitectura participativa*, un nuevo tipo de arquitectura que promueve relacionamientos distintos entre el arquitecto y la comunidad, denominado por García Ramírez (2012) como la relación *arquitecto-intérprete*. Una posición que se alimenta de la antropología de Lévi-Strauss y que motiva al relacionamiento en diálogo directo entre el arquitecto y las comunidades: “lo que pone en crisis el concepto lecorbusiano de vivienda como ‘máquina de habitar’” (p.7). Con la arquitectura participativa, García Ramírez (2012) propone un principio de asociación titulado *arquitectura con la comunidad* que supone un entendimiento entre el arquitecto y la comunidad, un equilibrio dialogante, que deriva en composiciones políticas y materiales nuevas, “obras de arquitectura guiadas por principios locales, que buscan construir ciudadanía más que ciudad” (p.11).

Finalmente, se debe destacar la configuración de una arquitectura popular y autogestionada cuyos principios radicalizan la tensión contra el marco restrictivo de la política hegemónica espacial centrada en el monopolio del saber arquitectónico y de la institucionalidad estatal. Experiencias arquitectónicas (el movimiento situacionista) de mediados de siglo XX y posteriores anunciaban ya la finalización del modelo desarrollista y del modelo modernizador en la construcción. Tales críticas se soportaban en una renuncia a la imposición del saber modernizador arquitectónico y del mercado industrial constructivo.

En tal medida, se construyen experiencias –más o menos exitosas– como la obra de Hassan Fathy y su Revolución de Adobe, que han tenido un impacto importante en arquitectos heterodoxos contemporáneos. Las utopías de Fathy siguen siendo actuales, tal como lo reconoce, Hatherley (2020), para quien, ante el capitalismo neoliberal-contemporáneo, sigue siendo actual el pensamiento y la obra del egipcio: “su interés en la «autoconstrucción» no era libertario, sino comunitario y anticapitalista, un mundo totalmente alejado del romanticismo chabolista, que ha sido tan popular entre los arquitectos y los economistas neoliberales a partir de la década de 1990” (p.160).

Por supuesto, la lucha por desarrollar proyectos autogestionados, auto-constructivos, por consolidar una arquitectura popular, una arquitectura de los pobres (componentes ineludibles de la arquitectura resistente y disidente) son, pues, la nuez de la lucha política contemporánea por afrontar la captura de las facultades constructivas. En tal sentido, propuestas más contemporáneas como el “*Super adobe*” de Nader Khalili, por ejemplo, están pensadas para ser elaboradas con pocos recursos financieros, constructivos y limitadas en recursos humanos: “Él mismo afirma que con este sistema tres personas pueden levantar casas de diferentes tamaños y formas, incluso sin saber cómo hacerlo. Estas viviendas son de muy bajo coste, y solucionarían la necesidad de viviendas de emergencia o de carácter social, pero se pueden también realizar construcciones de una mayor estética y calidad” (Catalán, 2018, p.19).

En resumen, la arquitectura resistente o disidente, se propone como una invención teórica-política por medio de la cual se puede agrupar un conjunto de emergencias y acontecimientos pragmáticos, productivos, éticos y discursivos inteligibles a partir de la lucha resistente que confronta a la política espacial hegemónica previamente enunciada. A pesar de su heterogeneidad, las arquitecturas disidentes y resistentes, delinean marcos estratégicos muy precisos, como hemos visto, y a su vez, elaboran planes viables de composición alternativa de los espacios, de las construcciones y las viviendas, para pensar y constituirse de otro modo: su creación más potente es la capacidad de imaginar y construir otros modos de vivir.

Referencias bibliográficas

- Castro, E. (2004). *El vocabulario de Michel Foucault*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Catalán Diez, R. (2018). *Construcción con tierra. Reinterpretación de una tradición* (Tesis de Maestría). Universidad Politécnica de Madrid, Madrid, España.
- CESCR. (1991). *El derecho a una vivienda adecuada. Observación general N.º 4*. Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos.
- Davis, M. (2007). *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*. Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Edo Feced, C. (2014). *La bioconstrucción. Investigación de los materiales naturales en la videoinstalación desde la práctica artística*. Valencia, España: Universitat Politècnica de Valencia.
- Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona, España: Paidós.
- Foucault, M. (2008). *Tecnologías del Yo. Y otros textos afines*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- García Palacios, M. (2018). El trabajo vivo: la entelequia del capital. *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, (51), 197-217.
- García Ramírez, W. (2012). Arquitectura participativa: las formas de lo esencial. *Revista de Arquitectura*, (14), 4-11.
- Golay, C., y Özden, M. (2007). *El Derecho a la Vivienda*. Programa Derechos Humanos del Centro Europa - Tercer Mundo - CETIM.

González, D. (2007). La casa no es una máquina de habitar. *Arquitectura y urbanismo*, 28(1), 55-57.

Hatherley, O. (2020). Una utopía de adobe. *New Left Review*. 159-167.

Londoño Quintero, S. (2018). El marxismo en la reconceptualización: ¿De qué marxismo se trata? *Serviço Social & Sociedade*, (133), 566-584.

Oseguera, L., y Trinidad, J. (2011). *Manual de Construcción (Bio-Construcción). A base de costales de tierra y pacas de paja*. Pátzcuaro, México: Instituto Tecnológico Superior de Pátzcuaro.

Pulgarín Osorio, Y. (2016). Cultura constructiva de la vivienda vernácula rural en los Andes Centrales de Colombia: Medio ambiente y materialidad. En F. Jové Sandoval, & J. Sáinz Guerra (Ed.), *Arquitectura en Tierra. Historia y Renovación* (pp. 45-56). Valladolid, España: Universidad de Valladolid / XIII CIATTI. Congreso de arquitectura en Cuenca y Villagarcía de Campos.

Rivero Bolaños, S. (2007). El uso masivo de la tierra como material de construcción en Colombia. *Apuntes*, 20(2), 354-363.

Vélez Moreno, L. (2019). Construcciones sostenibles, impactos ambientales. *Revista Nodo*, 14(27), 86-95.

Zuluaga, J. (2020). *Aplicación de sistemas de bioconstrucción en viviendas de interés social*. (Tesis de Grado). Universidad Militar Nueva Granada, Bogotá, Colombia.